



Querido agraciado del regalo del amigo invisible

No voy a darme a conocer, porque de eso se trata, de ser un amigo (o amiga) invisible. Nunca acabé de entender por qué le llaman “invisible”. A mi parecer debería llamarse el amigo (o amiga) desconocido: por aquello de que no sabes quién lo te regaló, aunque por su naturaleza te lo imaginas.

Pero en esta ocasión, sí que creo que puedo afirmar que yo soy un poco eso para ti: invisible.

Sí, para ti soy invisible. Y no en el sentido de Antoine de Saint-Exupéry. ¡Ya me gustaría! (por si no lo recuerdas, es el autor del Principito): “Lo esencial es invisible a los ojos”, porque muy a mi pesar yo no soy nada para ti, aunque lo anhele cada día de mi vida.

Pero supongo que eso ya es otro cantar porque ti te gusta codearte con los compañeros más “enrollados” de la clase de ciencias. No te lo retraigo y diría que a menudo envidio ser como tú.

No me voy a andar con más rodeos, sé no eres muy amante de la literatura y que, si has abierto el sobre de esta misiva y la estás leyendo, es porque te ha pillado por sorpresa. Creías que el sobre contenía tu regalo del amigo invisible, y en cierto modo, es así.

Tal vez podrían haber sido dos entradas para el ir al cine ... pero no, porque, aunque las hay numeradas me fue imposible que la taquillera se aviniera a escribir de su puño y letra el nombre de tu acompañante. Tampoco es un divertido juego de pistas donde el regalo se encuentra en la última pista.

Pero por favor, te ruego que leas hasta el final esta carta porque sí que contiene un regalo. Uno hecho de corazón, de alguien que siente por ti algo más que una simple amistad y que se ha tenido que armar de valor para hacerlo. Debo confesarte que me ha costado dos largas noches de insomnio tomar esta decisión.



Podría haberte regalado un mediocre “pongo” del todo a un euro o acabar a última hora en el Tiger del barrio. Tampoco es una tarjeta regalo para que te compres lo que quieras en Amazon. No me negarás que habría sido mucho más fácil. Pero lo cierto es que amistad e invisibilidad siempre me parecieron dos conceptos muy contrapuestos. También pensé en regalarte algo práctico, como tres frascos de tìpex (esos que siempre andas pidiendo en clase de historia a todo quisqui).

Pero como soy invisible puedo permitirme decírtelo, este regalo invisible de tu amigo invisible procede de alguien a quien le importas muchísimo.

Paso a explicarme. Antes que nada, voy a pedirte encarecidamente que no te ofendas, porque así no vale. Voy a expresarme con franqueza, a pesar de “quien dice las verdades pierde sus amistades”. La suerte (¿o debería decir desgracia?) es que yo ya te perdí o, a decir verdad, jamás te gané, lo cual me duele en el alma.

Se supone que ésta es la época del amor, de compartir, de ser solidarios y de disfrutar de las pequeñas cosas de la vida. ¿Acaso no es eso el mejor regalo que podemos ofrecer a nuestros seres queridos?

Y ahora llega el momento en que tú rompes este papel, porque piensas que todo esto no son más que paparruchas. Pero por favor, Miguel, te ruego que no lo hagas; ni que sea por esos momentos en los que, cuando caminas solo por la calle, y se te ha acabado la batería del móvil, te detienes a pensar un poquito en los demás más que en ti mismo.

No te hagas el tipo duro, conmigo eso no te va a funcionar. Pues te he visto, sin ánimo de espiarte, como recogías un guante del suelo y corrías detrás de aquella anciana para devolvérselo. También sé que eres tú quien mágicamente pone un bocadillo dentro de la cartera de Fernando porque si no, el chaval no desayunaría nada más. Y que si pasas la pelota a Cristina no es porque te tropezaste en el patio.



Sí, Miguel, yo sé que detrás de esa madera de líder frío y valiente, protegido por una coraza de materialismo, se esconde alguien con corazón, alguien que también ha sentido miedo a la soledad, al rechazo y a hacer el ridículo.

Y es por eso que quiero hacerte este regalo (bueno por eso, y porque estoy a dos velas). Porque el mejor regalo no es el más caro sino el más valioso que alguien te pueda ofrecer. Me dirás que eso tú ya lo sabías eso, porque tú lo sabes todo, o casi todo. Bueno, todo menos este secreto:

Puedes invitar a Amanda al baile de final de año, lleva deseándolo desde la primera vez que te vio. Sí, la chica de la clase de segundo de letras que te quedas mirando de reojo cuando subes por las escaleras. Coincidís todos los miércoles y viernes a la hora de historia. Ella suele sentarse en las primeras filas y tú casi detrás. Y no te preocupes por ese “moscón” que siempre la acompaña, hoy se ha roto el fémur y va a tener que resignarse a pasar la Nochevieja con la pierna escayolada colgando de una barra metálica.

Y si además la invitas hoy a comer un pepito de lomo cuando acabe la clase de historia, estará encantada. Le han estado rugiendo las tripas durante toda la mañana, presa de los nervios del examen final y de la incertidumbre de no saber si saciaría su apetito al acabar la clase. Está sin blanca y como tú hoy no te has acordado de poner el bocadillo dentro de la cartera de Fernando, lo ha hecho ella.

Besos, tu regalo invisible

psuBui no

